

Saludo a Augusto Monterroso¹

Sergio Pitol

Augusto Monterroso acaba de recibir hace unos días en España el Premio Príncipe de Asturias, uno de los más importantes. Tenerlo entre nosotros en este auditorio en la Unidad de Humanidades de la Universidad Veracruzana es en verdad un alto privilegio. ¿Me preguntarán por qué? Sencillamente por ser él uno de los más grandes escritores de nuestro idioma. Los libros de Monterroso se han traducido a la mayoría de los idiomas cultos, han sido material para infinidad de tesis académicas, y temas para congresos a lo largo del mundo. Su estudio ha resultado un conjunto de libros académicos. Es un clásico viviente, uno de los pocos que existen hoy día en el mundo.

En las sesiones de ayer los escritores Sealtiel Alatríste, Wilfrido H. Corral, Hugo Chaparro, Margo Glantz, Gloria Estela González, Jorge Rufinelli y el de la voz, moderados por José Luis Martínez Morales, por la mañana en este local, y por la tarde Mario Muñoz y José Luis Martínez Suárez en la Galería del Estado discurremos sobre algunos aspectos de su obra y la significación del autor en nuestro mundo literario.

El propio Monterroso añadió datos importantes sobre su formación como escritor y describió algunos motivos que integran su obra.

Para mí lo más asombroso de esta obra en apariencia cristalina guarda un núcleo en su centro que jamás podrá ser desentrañado del todo.

Alfonso Reyes escribió alguna vez sobre la benéfica acción de ese americanismo andante que surgió como resultado de la independencia de nuestro continente y que llegaba a nuestros días. Citaba entre otros, los ejemplos del venezolano Andrés Bello que recorrió varios países hasta asentarse en Chile donde creó las instituciones jurídicas y educativas más notables de la nueva República, y terminaba el siglo con los casos de Rubén Darío, también en Chile y en Argentina, y Martí en Guatemala y México.

En el siglo XX esa acción interamericana fue intensísima. Hacia 1906, un joven ensayista salido de una de las más pequeñas repúblicas del continente, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, desembarcó en el puerto

¹ Palabras previas a la lectura de textos por Augusto Monterroso.

de Veracruz, donde permaneció algunos meses, para después instalarse en la ciudad de México. Fue motor del Ateneo de la Juventud, el maestro Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Julio Torri y Martín Luis Guzmán, figuras inmensas de ese siglo. El magisterio de Henríquez Ureña transformó la cultura mexicana en ese periodo. Nos desasnó en un asombroso soplo de tiempo, escribía Reyes. De pronto, el rigor desbancó a la bohemia. Los jóvenes ateneístas se formaron en los clásicos griegos y latinos, en las formas literarias del Siglo de Oro español, y en la filosofía y la literatura contemporáneas, en especial la inglesa y alemana. El salto fue vertiginoso.

En el transcurso del siglo siguieron llegando a nuestro país mentes esclarecidas de todo el continente y también de España. Perseguidos por bárbaras tiranías políticas, México les proporcionó el lugar que les correspondía. Con ellos nuestra literatura y las otras artes, y también la ciencia, salieron ganando.

El joven guatemalteco que llegó a México en 1944 para hacer estudios en El Colegio de México, Augusto Monterroso, ha formado a través de casi medio siglo a varias generaciones de narradores en rigurosos cursos y talleres. No sólo sus alumnos directos, sino todos sus lectores hemos sido beneficiados por su magisterio. Sus libros lograron ese efecto, por su exigencia en el conocimiento, su pasión por la forma, su capacidad de entreverar dos o más instancias que muchos consideran incompatibles, el rigor y el juego, la sabiduría y el instinto. De esas nupcias se logró un milagro, un género para nosotros hasta entonces desconocido.

Felicidades, Tito, nuestro pequeño rey, ahora también Príncipe de Asturias.